

POESÍA

El dolor y la velocidad,
Juan Carlos Reche, Renacimiento, Sevilla, 1999.

DESALIENTOS

Juan Carlos Reche está doblemente afectado por la edad de la impaciencia: de un lado su juventud y de otro la época que nos ha tocado vivir, parecen ser motivos suficientes para que sus versos se llenen de desencanto prematuro con la levedad —terriblemente consciente— que define cada suceso que le afecta de algún modo: "Sin miedo a perder la costumbre / del que pide, / pero con un desorden tan perfecto / que parece a la medida de sus errores".

Sin tiempo, entonces, para establecer distancias que sepan ordenar sus coordenadas vitales, asume la extranjería de su propia identidad y se aventura, desde "Kilometro cero", en un viaje al centro de sí mismo, tras la pista de ese *yo* que intuye tanto en los recuerdos como en los poemas, pero que no acaba de identificar. Sobre todo porque, superada la ingenuidad y arrogancia adolescentes, se descubre unas manos vacías de verdades indiscutibles: se encuentra con "un dios en paro". Es decir, que los valores anteriores quedan invalidados y, consecuentemente, hay que buscar nuevas reglas para el juego. De hecho, asistimos a una visión lúdica de la vida donde ficción y realidad valen lo mismo: las máquinas recreativas conviven con las divinidades clásicas, los héroes

legendarios con el empresario estresado, los ritos tribales con las amas de casa... ¿cómo distinguir lo real de lo verdadero?

Juan Carlos Reche apuesta por las leyes salvajes de la sangre, prefiere los impulsos del instinto al dictado de la razón ("La línea recta sigue siendo / el camino más aburrido entre dos espaldas"); y esa búsqueda de esencialidad a la que antes me refería acaba convirtiéndose en un manual de supervivencia, un catálogo de resignaciones en el que la felicidad es entendida como postergación del sufrimiento, dilatación del tiempo dulcemente envenenado por el sopor de la costumbre.

Pero probablemente sólo se trate de miedo, del temor que llega a sentir el primer hombre que ha despertado en Juan Carlos Reche a encontrarse consigo mismo, con sus carencias y excesos. Se busca y se evita. De ahí que no tenga tiempo para enamorarse, de ahí que el amor, única senda hacia la luz, quede reducido a fugaces destellos en la cama, a "un polvo rápido". Y llega el momento de otra de sus incomprensiones: son esos estados de excepción los únicos que al final perduran y justifican una vida.

Se trata, por lo tanto, de puro inconformismo, de anhelar siempre lo contrario de lo que se tiene, de amargar la huida con nostalgia. (O justamente lo contrario: "Qué triste sería la vida / si no estuvieras tú / para destrozármela.") Pero no es un inconformismo caprichoso, sino auténtica desazón existencial —que no existencialista— levemente sofocada con la inversión del mundo que no comprende: títulos como "El bolsillo de un agujero" o "Dulce como un terrón de sal", un poema visual e incluso un poema mudo (de impotencia o de rabia) así lo atestiguan.

Por fin, en "Primera elegía del astronauta", se sale de la órbita terrestre para mitigar el dolor de la velocidad y establecer el orden pretendido desde fuera, en frío; es imposible —deducimos— encontrar respuestas a priori en uno mis-

mo, pues la capacidad de decisión más allá del bien y del mal se perdió con la infancia: "Oh, Carolyn Forché, cuando sea mayor / quiero ser tan pequeña como tú".

Tanta equivocación, tanto coletazo de pez ciego y tanto desaliento vienen a fomentar la agudeza analítica de un poeta que concibe el mundo fragmentariamente y sólo después, a través del celo de las palabras, lo unifica a modo de *collage*. Y eso explica igual su desenfado estilístico, la polimetría de sus reflexiones.

Afortunadamente para sus lectores, Juan Carlos Reche parece no haber encontrado aún el antídoto contra el desarraigo y el vértigo finisecular.

Rafael Espejo



Autor foto (fragmento): A. Londe

Sabor a sombras, Manuel García García, Colección Literatura Extramuros, Método Ediciones, Granada, 1999.

Con prólogo de Antonio Carvajal, el segundo libro de Manuel García se ofrece dividido en tres secciones aparentemente diversas. La primera es una colección de diez sonetos de tema amoroso, con sus otras tantas variaciones, que parecen ceñirse al tópico de la contemplación por parte del "yo poético" de la amante dormida. La referencia a la primera hora de la mañana, confundida aún con el sueño último, se arrastra a lo largo de la sección siendo expresa en seis de los diez sonetos. El tema,